

## **Respuesta a Sócrates: Dos cuentos de Enrique Anderson Imbert**

*Homenaje a Enrique Anderson Imbert*, Helmy Giacomán, Ed.  
(New York, ANAYA-Las Américas)

Posted at: <http://www.armandfbaker.com/publications.html>

¿Qué es lo que precede, la existencia, o la esencia? ¿La realidad es absoluta, o relativa? ¿Hay substancias permanentes, o todo fluye en perpetuo cambio? ¿Dónde se encuentra la verdadera realidad, en la ciencia, o en el arte? ¿El hombre puede escoger su destino libremente, o su existencia está predeterminada por factores ajenos a su voluntad? Enrique Anderson Imbert ha demostrado—en los cuentos “Luna” y “Los duendes deterministas”—que la respuesta a estas preguntas depende, en gran medida, de la importancia que demos a las dos principales facultades mentales: la razón y la intuición. La razón tiende al absolutismo; la intuición, al relativismo. La razón reduce la vida a conceptos absolutos, permanentes, universales, mientras que la intuición percibe en la vida lo que tiene de aleatorio, irracional, intangible, relativo, subjetivo. Es el propósito del presente estudio, pues, diferenciar entre ambas maneras de entender la vida para luego intentar reconciliarlas. Para llevar a cabo este propósito, partiremos del examen del problema, tal

como lo planteó José Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo* (1923). Después, entresacaremos una solución posible de los dos cuentos ya mencionados de Enrique Anderson Imbert.

## I

Hace venticuatro siglos, en las plazuelas de Atenas, Sócrates descubrió la razón; esto es lo que afirma Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo*. Se había razonado antes—sólo se descubre lo que ya ha existido—pero Sócrates fue el primero en darse cuenta de la significancia de este descubrimiento. Desde aquel momento, pues, ha habido en el mundo occidental un conflicto fundamental entre el racionalismo y el relativismo.

Según Ortega, la existencia no ha sido siempre tan problemática. Experimentamos la vida y sus circunstancias como un proceso sumamente mudable e inseguro:

Las cosas visibles y tangibles varían sin cesar, aparecen y se consumen, se transforman las unas en las otras; lo blanco se ennegrece, el agua se evapora, el hombre sucumbe; lo que es mayor en comparación con una cosa resulta menor en comparación con otra. Lo propio acontece con el mundo interior de los hombres: los deseos y afanes se cambian y se contradicen; el dolor al menguar, se hace placer; el placer, al reiterarse, fastidia o duele. Ni lo que nos rodea ni lo que somos por dentro nos ofrece punto seguro donde asentar nuestra mente.<sup>1</sup>

Un día, sin embargo, Sócrates se da cuenta de que la razón nos ofrece un universo superior al que espontáneamente hallamos a nuestro alrededor:

Los conceptos puros, los *logoi*, constituyen una clase de seres inmutables, perfectos, exactos. La idea de blancor no contiene sino blancor; el movimiento no se convierte jamás en quietud; el uno es invariablemente uno, como el dos es siempre dos. Estos conceptos entran en relación unos con otros sin turbarse jamás ni padecen vacilaciones. [...] El hombre virtuoso es siempre, a la vez, más o menos vicioso; pero la Virtud está exenta de Vicio. Los conceptos puros son, pues, más claros, más inequívocos, más resistentes que las cosas de nuestro contorno vital, y se comportan según leyes exactas e invariables (pp. 175-176).

---

<sup>1</sup> José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, en *Obras completas*, III (Madrid, Revista de Occidente, 1962), p. 175. En adelante los números de página corresponderán a esta edición de la obra.

El resultado del descubrimiento de los conceptos puros es que la vida espontánea queda automáticamente descalificada. La nueva misión del hombre sería desalojar la vida espontánea suplantándola con la pura razón. Ahora bien, puesto que la espontaneidad *no puede ser anulada*, aparece un nuevo dualismo: para el racionalismo (o socratismo) lo que no somos espontáneamente—la razón pura—viene a sustituir lo que verdaderamente somos: la espontaneidad. ¿Es posible que la razón desaloje el resto de la vida, que es irracional, y se baste a sí misma? Después de siglos de “fanática exploración racionalista”, según Ortega: “hoy vemos claramente que *la razón pura no puede suplantar a la vida.*” Nuestro tiempo ha hecho un descubrimiento opuesto al de Sócrates: “él sorprendió la línea en que comienza el poder de la razón; a nosotros se nos ha hecho ver, en cambio, la línea en que termina... Nuestra misión es, pues, contraria a la suya. Al través de la racionalidad hemos vuelto a descubrir la espontaneidad” (90-91). Ortega insiste que la razón es sólo una forma y función de la vida. Por eso,

*...El tema de nuestro tiempo* consiste en someter la razón a la vitalidad, localizarla dentro de lo biológico, supeditarla a lo espontáneo. [...] Mientras Sócrates desconfiaba de lo espontáneo y lo miraba al través de las normas racionales, el hombre del presente desconfía de la razón y la juzga al través de la espontaneidad. No niega la razón, pero reprime y burla sus pretensiones de soberanía (p. 178).

La manera de lograrlo, según Ortega, es hacer que la razón pura ceda su imperio a la *razón vital*: o sea, a la razón arriagada en la vida, a la vida *como* razón. Porque Ortega no se desvía del racionalismo para caer en el irracionalismo. El conocimiento, para él, tiene que ser de índole racional, sólo que su motivo central es la vida. Fracasaron, en la historia de la filosofía, algunas escueleas que abusaron de la razón, pero el uso de la razón no ha fracasado. Es posible rechazar el racionalismo tradicional sin desembocar en el irracionalismo, que también es ciego a la vida. La razón vital está entramada en la realidad de nuestra existencia personal y gracias a ella sabemos a qué atenernos, en cada coyuntura:

No basta, por ejemplo, que una idea científica o política parezca por razones geométricas verdadera para que debamos sustentarla. Es preciso que además suscite en nosotros una fe plenaria y sin reserva alguna. Cuando esto no ocurre, nuestro deber es distanciarnos de aquélla y modificarla cuanto sea necesario para que ajuste rigurosamente con nuestra orgánica exigencia. Una moral geoméricamente perfecta, pero que nos deja fríos, que no nos incita a la

acción, es subjetivamente inmoral. El ideal ético no puede contentarse con ser él correctísimo: es preciso que acierte a excitar nuestra impetuosidad (p. 171).

Y, finalmente, Ortega vuelve a ofrecernos un método de acción, un posible remedio al conflicto entre la vida espontánea y los conceptos puros: “En las épocas de reforma como la nuestra es preciso desconfiar de la cultura ya hecha y fomentar la cultura emergente—o, lo que es lo mismo, quedan en suspenso los imperativos culturales [verdad, bondad, belleza] y cobran inminencia los vitales [sinceridad, impetuosidad, deleite]—. Contra cultura, lealtad, espontaneidad, vitalidad” (p. 173).

Antes de continuar nuestro estudio conviene sopesar las consecuencias de lo que ha dicho Ortega. Recordando que el racionalismo, cuya base es el concepto absoluto, sirve solamente para estudiar la vida *racional*, y que el relativismo, cuya base es la espontaneidad, nos conduce a la vida *no-racional*, comparemos un grupo de cosas que tradicionalmente se relacionan con esas dos tendencias opuestas. Véase el siguiente esquema de elementos contrapuestos:

## LO RACIONAL

razon  
 intelecto  
 ciencia  
 materia  
 lógica  
 matemática  
 esencia  
 realismo  
 clasicismo  
 autoridad  
 absolutismo  
 permanencia  
 conservatismo  
 orden  
 seguridad  
 objetividad  
 luz  
 hombre

## LO NO-RACIONAL

imaginación  
 intuición  
 arte  
 espíritu  
 emoción  
 magia  
 existencia  
 idealismo  
 romanticismo  
 libertad  
 revolución  
 cambio  
 liberalismo  
 caos  
 inseguridad  
 subjetividad  
 oscuridad  
 mujer<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Compárese este esquema con el de Ernesto Sábato, quien se enfoca en las dos tendencias desde la perspectiva de lo masculino y lo femenino; véase *Heterodoxia* (Buenos Aires, Emecé, 1970), p. 91:

Si, por ejemplo, el abuso de la razón produce conceptos absolutos, es lógico que haya una relación entre la razón y el absolutismo o la autoridad; no es una coincidencia que el siglo XVIII, que se ha llamado la “Edad de la Razón”, sea también la época de los “déspotas ilustrados”. Y porque las verdades absolutas son inmutables, cada filosofía racionalista se basa en esencias permanentes. Por otra parte, si la intuición produce imágenes relativas es natural que haya una relación con el arte, el idealismo, la magia, la emoción. Y puesto que las intuiciones son relativas y mudables, es patente su relación con el cambio, la revolución, la libertad, el caos, etc. El racionalismo, que produce conceptos absolutos, afirma que “esencia precede a existencia”, mientras que el relativismo, que se funda en la espontaneidad, insiste que “existencia precede a esencia”.

Estas dos tendencias operan también en los individuos. Cada persona tiene, dentro de su personalidad, ciertas características del racionalismo y del relativismo, pero una u otra tendencia generalmente predomina. Esto explica por qué la persona, a quien le es muy importante tener la sensación de una vida segura, tiende a ser racionalista y conservadora; el conservador quiere “conservar” la permanencia del *statu quo* porque teme los cambios que amenazan la estabilidad de su existencia, y el racionalismo, con sus conceptos absolutos, le permite hacerlo. En cambio, al romántico, que emplea su imaginación y no controla sus emociones, no le asustan los cambios y, por tanto, suele ser idealista, liberal y, a veces, revolucionario.

En suma: en el mundo occidental, desde la época de Sócrates, ha predominado el racionalismo, con todas las consecuencias de una filosofía de absolutos. Ha habido varias reacciones en su contra, notablemente la barroca y la romántica, pero cada vez el racionalismo ha vuelto a establecerse más fuerte que antes. Ahora, sin embargo, en el siglo XX, hay otra rebelión contra las consecuencias de la supremacía de los conceptos puros, y tenemos una nueva oportunidad de establecer un equilibrio entre la intuición y la razón<sup>3</sup>.

---

*Lo Femenino*: noche, caos, inconsciencia, cuerpo, curva, blando, vida, misterio, contradicción, indefinición, sentidos “corporales”—gusto, tacto—. Origen de lo barroco, lo romántico, lo existencial.

*Lo Masculino*: día, orden, conciencia, razón, espíritu, recto, durez, eternidad, lógica, definición, sentidos “intelectuales”—oído, visto—. Origen de lo clásico, lo esencial.

<sup>3</sup> Pensando todavía en las tendencias hacia lo femenino y lo masculino, Sábato ofrece la observación siguiente con respecto a lo que él llama “la rebelión romántica” de la época presente, en *El escritor y sus fansmas* (Buenos Aires, Aguilar, 1963), p. 160:

## II

Enrique Anderson Imbert parece haber instalado este conflicto entre relativismo y racionalismo en el asunto central de dos cuentos suyos: “Luna” y “Los duendes deterministas”. Mientras que Ortega estudia el problema dentro del ámbito intelectual de la filosofía, el autor argentino lo presenta en términos de ficción.

Veamos primero el cuento “Luna”, brevísimo, delicioso, perfecto:

Jacobo, el niño tonto, solía subirse a la azotea y espiar la vida de los vecinos.

Esa noche de verano el farmacéutico y su señora estaban en el patio, bebiendo un refresco y comiendo una torta, cuando oyeron que el niño andaba por la azotea.

—¡Chist! —cuchicheó el farmacéutico a su mujer—. Ahí está otra vez el tonto. No mires. Debe de estar espiándonos. Le voy a dar una lección. Sígueme la conversación, como si nada...

Entonces alzando la voz dijo:

—Esta torta está sabrosísima. Tendrás que guardarla cuando entremos, no sea que alguien se la robe.

—¡Cómo la van a robar! La puerta de la calle está cerrada con llave. Las ventanas, con las persianas apestilladas.

—Y... alguien podría bajar desde la azotea.

—Imposible. No hay escaleras; las paredes del patio son lisas...

—Bueno: te diré un secreto. En noches como ésta bastaría que una persona dijera tres veces “tarasá” para que, arrojándose de cabeza, se deslizase por la luz y llegase sano y salvo aquí, agarrase la torta y escalando los rayos de la luna se fuese tan contento. Pero vámonos, que ya es tarde y hay que dormir.

---

FIN DE UNA ERA MASCULINA

*Espíritu femenino*: la tierra, la inconsciencia, la curva, lo barroco, el instinto, los símbolos, lo demoníaco, lo mágico.

*Espíritu masculino*: la ciudad, la razón, el concepto puro, la línea recta, lo clásico, lo científico.

Esta crisis es el fin de una civilización masculina, y ese fin anuncia claramente un renacimiento mágico, el ascenso de las culturas primitivas y religiosas: Asia, América, África.

Sábato estudia el orgien y el desarrollo de la crisis en otro libro, *Hombres y engranajes* (Buenos Aires, Emecé, 1970). También hay varios otros estudios excelentes sobre el mismo tema. El primero de este siglo, Henri Bergson, estudia el conflicto entre el intelecto y la intuición en su famosa obra, *La evolución creadora* (1907). Dos estudios más modernos son: *The Irrational Man* (New York, Doubleday, 1958), de William Barret y *The Revolution of Hope* (New York, Harper & Row, 1968) de Erich Fromm.

Se entraron dejando la torta sobre la mesa y se asomaron por una persiana del dormitorio para ver qué hacía el tonto. Lo que vieron fue que el tonto, después de repetir tres veces “tarasá”, se arrojó de cabeza al patio, se deslizó como por un suave tobogán de oro, agarró la torta y con la alegría de un salmón remontó aire arriba y desapareció entre las chimeneas de la azotea<sup>4</sup>.

El conflicto se encarna nítidamente en los dos personajes principales: Jacobo, el niño tonto, y el farmacéutico. Éste es el racionalista confiado en la verdad absoluta de la ciencia—nótase la significancia de su profesión—; es el conservador dogmático que se arroga el derecho de la autoridad—la de la generación adulta—a castigar al delincuente—la juventud—e imponer el orden. Y cuando habla su mujer, habla con la voz de la razón que se funda en la pruebas concretas y materiales. El niño tonto, por otra parte, quien es “tonto” solamente desde el punto de vista del racionalismo, es el idealista, el eterno Ícaro, quien cree en la importancia de la fe, y de la imaginación; es el rebelde, el individualista quien se atreve a oponerse a las normas de la sociedad, del “establecimiento”<sup>5</sup>. Por eso se le compara a un “salmón”.

Así, cuando el niño invoca la fórmula mágica del farmacéutico y le roba la torta, el ideal triunfa sobre la ciencia, la intuición sobre la lógica. El cuentecillo simboliza la victoria del relativismo sobre el racionalismo. No importa si lo que ocurre es imposible. Anderson Imbert, en su manera fantástica, nos dice lo mismo que Ortega: “no siempre bastan los conceptos absolutos; a veces sirven mejor la impetuosidad y la vitalidad”.

En “Los duendes deterministas”, cuento en forma dramática, el tema central es esencialmente el mismo pero aquí todo es más amplio y complejo. Se presentan claramente distintos aspectos del conflicto: 1) la imaginación contra la razón, 2) el caos contra el orden, 3) la juventud contra la madurez,

<sup>4</sup> “Luna”, en *El gato de Chesire* (Buenos Aires, Losada, 1965), pp. 48-49.

<sup>5</sup> Con este cuento sencillo Anderson Imbert representa gran número de los conflictos que afronta la sociedad hoy. En las dos figuras principales tenemos un ejemplo perfecto de la llamada *generation gap*, la falta completa de comprensión y simpatía entre joven y adulto, que se debe en gran medida al choque entre los dos sistemas de valores que hemos estudiado aquí. Parece, en efecto, que hoy gran parte de la generación adulta—sobre todo en los Estados Unidos, donde se sintió menos directamente que en Europa el efecto de las guerras mundiales, o sea, el derrumbamiento de los sistemas racionales del siglo pasado—pone su fe todavía en los conceptos racionales (materialismo, autoridad, permanencia, orden, estado, etc.), mientras que, entre los jóvenes, se nota cada vez más una tendencia hacia los valores no-racionales (idealismo, libertad, cambio, rebelión, individualismo, etc.).

4) la libertad contra el determinismo, 5) el cambio contra la permanencia. Aquí las dos figuras principales son el Rey de los Duendes, y Alicia.

La joven Alica—reminiscente de la Alicia de Lewis Carol—se rebela contra la ley del país de los hombres y busca el milagro en el país de los duendes:

MUCHACHO

... Eres muy inquieta y te brillan mucho los ojos... ¿Cómo llegaste hasta aquí?

ALICIA

No sé. Lo que a nadie se le hubiera ocurrido, eso preferí yo. Así haciéndolo todo al revés, llegué a este monte<sup>6</sup>.

El racionalista en este cuento, gran imitador de los descendientes de Sócrates, es el Rey de los Duendes, quien ha prohibido la magia, el libre empleo de la imaginación, y ha impuesto un reino de valores absolutos, sustituyendo el caos por el orden, el capricho por la ciencia:

ALICIA

¿Quién prohibió la magia?

MUCHACHO

Mi padre. De niño lo habían enviado a estudiar con los hombres... En aquella época los duendes vivían en libertad. El aire, los poros de cada cosa, estaban agitados por las ráfagas violentas de la duendería, en constante carrera y transfiguración. Mi padre decidió entonces difundir las virtudes estables de la cultura humana. A la magia de los duendes—primitiva, caótica, vulgar, fácil—opuso el noble ejemplo de la humanidad de munición, siempre igual a sí misma, regular en sus hábitos, con ideales de organización social fundados en la geometría del hormiguero... Hubo resistencias, luchas; pero hizo prosélitos, y pronto los partidarios de una vida ordenada fueron más que los rebeldes. Impuso así el nuevo orden. Desde entonces los duendes no hacemos magia (p. 16).

---

<sup>6</sup> “Los duendes deterministas”, en *El Grimorio* (Buenos Aires, Losada, 1961), página 15. Todas las referencias al texto corresponderán a las páginas de esta edición.



Así, el primer encuentro entre Alicia y el Rey produce un choque entre puntos de vista completamente opuestos, según lo que se ve en el diálogo que sigue:

ALICIA

¿Pero es posible que no veáis que los duendes sois muy superiores a los hombres? ¡Ojalá pudieran los hombres hacer milagros! Todos aspiramos a una vida por lo menos tan libre como nuestra fantasía...

REY

Llamas libertad al desorden. Los duendes somos criaturas elementales, como el polvo que baila en un rayo de sol. No somos libres: somos anárquicos, caprichosos.

ALICIA

Dios se sirve de la vida para crear almas libres..., almas anárquicas y caprichosas, como tú dices.

REY

Mira: si Dios se propone algo ha de ser alguna modesta labor de alfarería, y no una disgregación infinita... Vuestros filósofos espiritualistas estorban a Dios con sus invocaciones a lo que ellos llaman “la libertad de la persona”. ¡Libertad de la persona, bah! Esa libertad personal es el barro revuelto de los primeros días de la creación...

ALICIA

*(Mirándolo fijamente.)* Ya te voy comprendiendo: quieres que todo, hasta la vida, sea como la piedra que cae. ¡Entretanto, nosotros, los vivos, presos, presos entre las rejas de esa prisión maldita, entre las rejas entrecruzadas de causas y efectos, causas y efectos, causas y efectos! (pp. 20-21).

Es cierto que el deseo de libertad, cuando se exagera, produce anarquía, pero también es cierto que racionalizar la vida como si estuviera compuesta de efectos regulados por causas es dejarse encerrar en la prisión del determinismo. De ahí el título: “Los duendes deterministas”.

Se ve en el Rey la angustia de los que temen la inseguridad del relativismo: “Esa naturaleza que procede por causas y efectos no es una prisión: es un refugio” (p. 21). No importa que vivir de esta manera, “como la piedra que cae”, sea desvivirse. Aun así, eso es lo que anhela el Rey,

quien, para expresar su exaltación de la piedra, recita una estrofa del poema “Lo fatal”, sólo que invirtiendo la intención de Rubén Darío:

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura porque ésta ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente (p. 22).

Es evidente, además, la relación de todo esto con la filosofía existencial del Tiempo. El pensar conceptual fija la percepción de la realidad en permanentes formas lógicas: nos da un conocimiento universal y eterno. Por el contrario, el conocimiento intuitivo de la poesía y la magia, por estar atento a lo concreto y lo singular en la cambiante fluidez de la vida personal, intensifica y acelera la temporalidad humana; es duración, tiempo vivido hacia la muerte:

#### MUCHACHO

...¿Sabes?, los duendes envejecemos a cada acto mágico. Cuanto más hazañoso sea, menos vida nos queda. El duende que no hace magia prolonga su vida (p. 15).

A la intuición de la vida como creación continua, libre e imprevisible, los deterministas oponen un concepto de la vida como repetición, fuera del tiempo, o por lo menos en un tiempo gobernado por leyes repetitivas:

#### REY

...Todos hemos renunciado a los privilegios de la magia. En cualquier momento se podría pronosticar nuestro porvenir, porque nos hemos comprometido a que cada acto nuestro aparezca como determinado por causas razonables... (p. 17).

Pero, como ya ha observado Ortega y Gasset, “la espontaneidad no puede ser anulada”. Es imposible atar el espíritu con vínculos materiales. Lo indica uno de los duendes a quien se quiere castigar por haber empleado la magia al desprenderse, mágicamente, de sus grilletes:

#### REO TERCERO

...Me han puesto grilletes. ¿No es cómico? Todos sabéis que los grilletes no valen para las manos del duende. Cualquiera de vosotros podría hacer lo que yo (p. 19).

Así, el conflicto se resuelve otra vez en favor de la vitalidad cuando los duendes se dan cuenta de que dejarse gobernar por ideales mecánicos es ser infiel a lo más auténtico de su ser:

MUCHACHO

...Vamos. ¡Adiós, madre! Padre, ¡adiós! Soy duende...

REO TERCERO

Yo soy un estúpido, pero esto lo comprendo. El hijo del Rey quiere ser duende, no hombre. ¡Nos han engañado...!

MUCHAS VOCES

¡Vámonos, vámonos!

REINA

¿Y piensas quedarte así solo? Vamos querido. Fracasó tu metafísica. Después de todo, vale más ser duende (pp. 23-24).

El cuento termina con una especie de expiación. Cuando todos se van por el aire, en mágicas levitaciones, el Rey se queda solo:

LA VOZ DE LA REINA

Ven. Ven.

REY

(*Con la cabeza entre las manos.*) No puedo. Ahora soy un hombre de veras (p. 24).

El autor parece decirnos que el atributo de la libertad al no ejercerse, se pierde: quien ajusta su vida a meras leyes lógicas queda atrapado para siempre.

Según dijimos al examinar “Luna”, no importa que también en “Los duendes deterministas” el ambiente sea fantástico. Anderson Imbert, con sus cuentos simbólicos, parece dar su respuesta a Sócrates y a todos cuantos creen solamente en un mundo concebido por la razón. En el fondo, viene a decirnos lo mismo que Ortega, a quien volvemos a citar para que sus palabras cobren, después de analizar ambos cuentos, su pleno significado:

No basta... que una idea científica o política parezca por razones geométricas verdadera para que debamos sustentarla. Es preciso que, además, suscite en nosotros una fe plenaria y sin reservas alguna. Cuando esto no ocurre, nuestro deber es distanciarnos de aquélla y modificarla cuanto sea necesario para que ajuste rigurosamente con nuestra orgánica exigencia. Una moral geoméricamente perfecta, pero que nos deja fríos, que no nos incita a la acción, es subjetivamente inmoral. El ideal ético no puede contentarse con ser él correctísimo: es preciso que acierte a excitar nuestra impetuosidad.

En conclusión, pues, se ve que cada manera de ver la vida, si se exagera, lleva consigo su gran dificultad. La libertad, llevada a un extremo, produce anarquía e inseguridad: si no contamos con la razón, fracasamos. Por otra parte, si quisiéramos comportarnos como máquinas pensantes, renunciaríamos al amor, al ideal, a la imaginación, etc. El dar demasiada importancia a los conceptos absolutos produce dogmas, estatismo y esclavitud.

No cabe duda de que, como afirma Ortega, hasta el presente han predominado los discípulos de Sócrates. Esto se ve aun más claramente hoy por el poder que tienen los partidarios de la tecnología. De ahí, la gran necesidad de volver a descubrir la vitalidad y de ser “duende” o, a veces, un poco “tonto”, como sugiere Anderson Imbert.

A la postre, sin embargo, parece que el único remedio duradero será encontrar un buen término medio. El verdadero racionalismo es balancear la razón con la imaginación, y contentarse con un estado de libertad equilibrada, dentro de ciertos límites razonables.

*State University of New York at Albany*

Posted at: <http://www.armandfbaker.com/publications.html>